

VIII.

DECADENCIA DEL CRISTIANISMO.

Han transcurrido diez y nueve siglos desde los tiempos del Cristo, diez y nueve siglos de autoridad para la Iglesia, de los cuales doce han sido de poder absoluto. ¿Cuáles son al presente, las consecuencias de su enseñanza?

El cristianismo tenía por misión conservar, explicar, propagar la doctrina de Jesús, hacer de ella la regla de una sociedad mejor y más feliz. ¿Ha sabido cumplir esta grande tarea? «Por sus frutos se conoce el árbol,» dice la Escritura. Mirad el árbol del cristianismo. ¿Acaso se dobléga bajo el peso de los frutos de esperanza y de amor?

El árbol es siempre gigantesco, sin duda, pero de su ancha copa ¡qué de ramas han sido cortadas, mutiladas, cuántas otras se han secado, cuántas han permanecido infecundas! El peregrino de la vida se detiene fatigado, bajo su sombra, pero es en vano que busque allí el reposo del alma, la confianza, la fuerza moral necesaria para proseguir su camino. Busca sombra más saludable: ascia alimento más nutritivo, é instintivamente, sus miradas exploran el horizonte.

En nuestros días, en este siglo de progreso, el hombre no sabe aún nada del porvenir, nada de la suerte que le espera al fin de la etapa terrestre. La fe en la inmortalidad es muy débil en muchos de aquellos que se dicen discípulos del Cristo; muchas veces sus esperanzas vacilan combatidas por el sople helado del escepticismo. Los fieles depositan sus muertos en el féretro, y, con los martillazos que golpean el ataúd, la duda pesa en sus almas y las oprime.

El sacerdote conoce su debilidad; se siente frágil, sujeto al error como aquellos que tienen la pretensión de dirigir, y si no fuera por su situación material y su ficticia categoría, que

quiere sostener á todo trance, reconocería su insuficiencia y dejaría de ser un ciego, conductor de ciegos. Porque aquél que, no sabiendo nada de la vida futura y de sus verdaderas leyes, se erige en guía de los demás, es tan ciego como aquél de quien habla el Evangelio:

«Si un ciego conduce á otra ciego, ambos caerán en el hoyo.»
(Mateo, XV, 14)

La obscuridad ha entenebrecido el santuario. No hay obispo que parezca saber, respecto de las condiciones de la vida de ultratumba, lo que sabía el menor iniciado de los tiempos antiguos, el más humilde diácono de la Iglesia primitiva.

Fuera del santuario, reinan la duda, la indiferencia, el ateísmo. El ideal cristiano ha perdido su influencia sobre el pueblo, la vida moral se ha debilitado. La sociedad, ignorante del fin elevado de la existencia, se arroja con frenesí en busca de placeres materiales. Se ha iniciado un periodo de turbación y de trastornos, cuyo resultado serían el abismo y la ruina, si un nuevo ideal, aunque todavía velado, no comenzara á irradiar y á esclarecer las inteligencias.

Mas, ¿de donde viene el actual estado de cosas?

Durante doce siglos, la Iglesia ha dominado, manejando á su arbitrio el alma humana y la sociedad entera. Todos los poderes estaban en su mano, todas las autoridades estaban en ella ó procedían de ella. Reinaba sobre los espíritus y sobre los cuerpos, reinaba con la palabra y con el libro, por el hierro y por el fuego. Era señora absoluta en el mundo cristiano, ningún freno, ningún dique limitaba su acción. Y ¿qué ha hecho de esta sociedad? Se lamenta de su corrupción, de su escepticismo, de sus vicios. ¿Cree que acusándola se acuse á si misma? Esta sociedad es su obra; la verdad es que ha sido incapaz para dirigirla, para mejorarla. La sociedad escéptica y corrompida del siglo XVIII ha salido de sus manos. Son los abusos, los exesos, los errores del sacerdocio los que han formado el modo de ser de su espíritu. La imposibilidad de creer

en los dogmas de la Iglesia es la que ha conducido á la humanidad á la duda y la negación.

El materialismo ha penetrado el cuerpo social hasta en su médula. Mas ¿quién es el culpable? Si las almas hubieran encontrado en la religión bien enseñada, la fuerza moral, el consuelo, la dirección espiritual de que tenían necesidad, ¿estarían separadas de esas Iglesias, que han mecido en sus poderosas manos tantas generaciones? ¿Habrían cesado de creer, de esperar y de amar? La verdad es que la enseñanza de la Iglesia no ha logrado satisfacer las inteligencias y las conciencias. No ha podido dominar las costumbres, ha extendido por todas partes la incertidumbre, la turbación del pensamiento, y de ahí ha venido la vacilación en el cumplimiento del deber, y para muchos, la ruina de toda esperanza.

Si cuando la Iglesia se encontraba en la cúspide del poder no pudo regenerar á la humanidad ¿cómo podría realizarlo hoy? ¡Ah! quizás si ella abandonara sus palacios, sus riquezas, su culto fastuoso y teatral, el oro y la púrpura; si, cubiertos de sayal, con el crucifijo en la mano, los obispos, los príncipes de la Iglesia renunciando á sus bienes materiales y siendo, como Cristo, vagabundos sublimes, fuesen á predicar á las muchedumbres el verdadero Evangelio de paz y de amor, entonces quizás la humanidad creería en ellos. La Iglesia romana no parece dispuesta á hacer ese papel; el espíritu del Cristo parece abandonarla cada día más. Casi no queda en ella más que una forma exterior, una apariencia, bajo la que no hay más que el cadáver de una grande idea.

Las Iglesias cristianas, en su conjunto, subsisten sólo por una cosa: por lo que queda en ellas de moral evangélica: su concepción del mundo, de la vida, del destino, no es más que letra muerta. En efecto, ¿qué pensar, qué decir, de una enseñanza que ha obligado á los hombres á creer, á afirmar, durante algunos siglos, la inmovilidad de la Tierra y la creación del mundo en seis días? ¿Qué pensar de una doctrina que ve,

en la resurrección de la carne el único medio de volver los muertos á la vida? ¿Qué se puede responder á una concepción de la vida futura, que consiste en creer que los átomos de nuestro cuerpo deben volver á unirse un día? En vista de los nuevos datos que cada día vienen á aclarar el problema de la supervivencia, todo esto no es más que un sueño de niño.

Lo mismo sucede con la idea de Dios. El más grave reproche que se puede dirigir á la enseñanza de las Iglesias, es haber falseado, desnaturalizado la idea de Dios, y por consiguiente, haberla hecho odiosa para muchos espíritus. La Iglesia romana ha impuesto siempre á las multitudes el temor de Dios. Esto era un elemento necesario para realizar su plan de dominación, para doblegar á la humanidad semi-bárbara bajo el principio de autoridad, pero un sentimiento pernicioso, porque después de haber hecho largo tiempo esclavos, ha acabado por hacer rebeldes; un sentimiento malsano, el del terror, que después de haber llevado al hombre al temor, lo ha instigado á aborrecer, que le ha enseñado á no ver en el Poder supremo más que el Dios de los castigos espantosos y de las penas eternas, el Dios en cuyo nombre se han levantado los cadalsos y las hogueras, y en nombre del cual la sangre ha corrido en las salas de tortura. De ahí ha provenido esa reacción violenta, esa negación furiosa, ese odio á la idea de Dios, del Dios déspota y verdugo, odio que se traduce en este grito, que repercute hoy por todas partes, en nuestras moradas, en nuestras plazas, en nuestras publicaciones impresas: ¡Ni Dios, ni amo!

Y, si agregáis á esto la terrible disciplina impuesta á los fieles por la Iglesia de la Edad Media, los ayunos, las maceraciones, el temor perpetuo de la condenación, los escrúpulos exagerados, siendo una sola mirada, un pensamiento, una palabra culpable acreedores á las penas del infierno, comprendereis qué sombrío ideal, qué régimen de espanto ha hecho durante varios siglos, pesar la Iglesia sobre el mundo, obli-

gándolo á renunciar todo lo que constituye la civilización, la vida social, para no pensar más que en el bienestar personal con desprecio de las leyes naturales, que son las leyes divinas.

¡ Ah! esto no es lo que enseñaba Jesús cuando hablaba del Padre, cuando afirmaba este solo, este verdadero principio del cristianismo, el amor, sentimiento que fecundiza el alma, la eleva de todo abatimiento, abre una salida á la expansión de afectos que ella encierra, sentimiento del que puede dimanar la renovación, la regeneración de la humanidad.

Puesto que nosotros no podemos conocer á Dios y acercarnos á él sino por el amor, sólo el amor es el que atrae y vivifica. Dios es todo amor y, para comprenderlo, es necesario desarrollar en si ese principio divino. Es necesario cesar de vivir en la esfera del *yo*, para vivir en la esfera de lo divino que abarca todas las creaciones. Dios está en todo hombre que sabe amar. Amar y cultivar lo que hay de divino en nosotros y en la humanidad, es el secreto de todo progreso, de toda elevación. Es por lo que se ha dicho: "Amar á Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á ti mismo."

Por esto, las grandes almas cristianas se han elevado á sublimes alturas. Por esto, los Vicentes de Paul, los Franciscos de Asís y algunos otros han podido realizar obras que causan la admiración de los siglos. Su ardiente caridad no era inspirada por el dogma católico. Del Evangelio es de donde los nobles espíritus han tomado la fe y el amor que les animaba.

Si hubieran prevalecido los preceptos evangélicos, el cristianismo estaría en el apogeo de su poder y de su gloria. He aquí por qué es necesario volver á las enseñanzas puras del Cristo si se quiere levantar y salvar la religión; porque si la religión del poder tiene su grandeza, más grande es la del amor; si la religión de la justicia es grande, mayor lo es la del perdón y la misericordia. Tales son los verdaderos principios y el fundamento real del cristianismo.

Lo que ha pasado con la idea de Dios, ha sucedido con la concepción del mundo y de la vida. La Iglesia ha impuesto á las inteligencias, durante largo tiempo, la teoría antigua que hacía de la Tierra el cuerpo central, el más importante del universo; considerando al Sol y á los astros como tributarios que se agitan al derredor de ella. Los cielos eran como una bóveda sólida, encima el trono del Eterno, rodeado de las legiones celestiales; debajo de la tierra los lugares profundos, los infiernos. El mundo, creado hace seis mil años, debía tener fin próximo: de aquí, una amenaza constante para la humanidad. Con el fin del mundo coincidiría el terrible juicio definitivo, universal, para asistir al cual todos los muertos saldrán de sus tumbas, con sus cuerpos carnales, compareciendo ante el tribunal de Dios.

La astronomía moderna ha destruído estas falsas concepciones. Demuestra que nuestro globo es pequeña parte en el gran conjunto de los cuerpos celestes, y que las profundidades del cielo están pobladas de astros en número infinito. Por todas partes, tierras, soles, esferas, en vía de formación, de desarrollo ó de decrecimiento, mostrándonos las maravillas de una creación incesante, eterna, donde las formas de la vida se multiplican, se suceden y se renuevan, como alumbramientos de un pensamiento soberano.

Entre aquellos mundos que ruedan en la inmensidad de los cielos, nuestra Tierra es como un grano de arena, como un átomo perdido en el espacio. La Iglesia persiste en creer que sólo este átomo está habitado. Empero, la ciencia, la filosofía, la revelación de los Espíritus, nos demuestran la vida difundíéndose en la superficie de esos mundos y elevándose de grado en grado, á través de lentas transformaciones, hacia un ideal de belleza y de perfección. Por todas partes, pueblos, razas, humanidades innumerables prosiguiendo sus destinos en el seno de la armonía universal.

La Iglesia enseña que hace seis mil años, un primer hombre

apareció sobre la Tierra, en un estado de felicidad del que ha caído por consecuencia de su pecado. Su antropología prehistórica coloca la existencia de la humanidad en épocas mucho más remotas. Nos muestra al hombre en estado salvaje al principio, del cual ha ido saliendo poco á poco, para elevarse, por un progreso constante, hasta la actual civilización.

El globo terrestre no ha sido creado en seis días; es un organismo que se ha desarrollado durante larguísimo tiempo. En las capas superpuestas que se extienden en su superficie, la geología nos muestra las fases sucesivas de su formación. La observación científica, el estudio paciente y perseverante de las leyes de la vida, han hecho reconocer la acción de una voluntad que ha dispuesto todas las cosas con un plan determinado. En virtud de ese plan, los seres poseen en sí el principio de existencia y se elevan, por gradaciones sucesivas, de formas en formas, de especie en especie, hacia tipos siempre más perfectos. En ninguna parte aparecen las huellas de una creación arbitraria ó milagrosa, sino más bien el trabajo lento de una creación que se efectúa por los esfuerzos de cada uno y en provecho de todos. Por donde quiera se revela la acción de leyes sabias y profundas, la manifestación de un orden universal, de un pensamiento divino que ha dejado al sér la libertad y los medios de desarrollarse por sí mismo, á costa de tiempo, de trabajo y de pruebas.

La Iglesia que, durante tantos siglos, ha enseñado, regentado, dirigido al mundo, ha ignorado siempre, en realidad, las verdaderas leyes del universo y de la vida. Patentes están, sin embargo, las obras de Aquel de quien se dice representante, y en nombre de quien pretende hablar y enseñar. Tales obras las ha desconocido y las desconoce aún. Sus explicaciones acerca del orden y la estructura del universo, respecto de la vida del alma y de su porvenir y de las fuerzas psíquicas del sér, han sido siempre erróneas.

Han sido necesarios los esfuerzos de la ciencia y del libre

pensamiento para sondear ese inmenso dominio de la naturaleza, del que la Iglesia decía ser poseedora y tener la verdadera interpretación. La ciencia es la que ha obligado á la Iglesia á rectificarse á sí misma, respecto de numerosos puntos, y á distinguir en el cristianismo, lo que era verdad esencial, de lo que era ficción ó alegoría.

La Iglesia ha considerado como herejes á los sabios que afirmaban el movimiento de la Tierra. Galileo fué condenado á prisión por haber enseñado que el globo terráqueo se mueve. El monje irlandés Virgilio fué excomulgado por el papa Zacarías, por haber afirmado que existen antípodas.

La Iglesia, tomando á la letra lo que sólo eran figuras, no podía creer en la esfericidad del globo, puesto que muchos pasajes de las Escrituras parecen indicar que tiene cuatro rincones. No obstante, declara que hablando de la inmovilidad de la Tierra en el centro del mundo, las Escrituras se referían al punto de vista de la ignorancia antigua, y se ha vuelto á encarrilar en estos casos, de acuerdo con el sistema de Galileo y de Descartes. Mas esto no ha sido sin grandes vacilaciones, puesto que las obras de Galileo y de Copérnico no han sido borradas del Índice sino en 1835. La Iglesia ha llegado insensiblemente á considerar como simple ficción lo que, en otro tiempo, era dógma para ella. En este punto, es la ciencia la que le ha ayudado á comprender la Biblia.

Lo mismo pasa con sus opiniones acerca de la creación. La grande antigüedad de nuestro planeta y su formación establecidas por la ciencia, han sido largo tiempo condenadas por la Iglesia como opuestas al relato del Génesis. Hoy, cede á la presión de los estudios geológicos, y sólo ve en ese relato un cuadro simbólico de la obra de la naturaleza, desenvolviéndose en el curso de los tiempos, conforme á un plan divino.

¿Se detendrá la Iglesia aquí? ¿No se verá obligada á in-

1 Véase en la nota núm. 10 el texto de la condenación de Galileo en 1615.

clinarse ante la historia y ante la exégesis, como ya lo ha hecho ante la astronomía y la geología? ¿No llegará á despojar la personalidad del Cristo y su alta misión moral de todas las hipótesis establecidas respecto de su origen y su naturaleza divinos?

La Iglesia, después de haber combatido á la ciencia y renegado de ella, deberá forzosamente ir tras ella y asimilarse todos sus descubrimientos si quiere vivir. Sus errores seculares quedarán sólo como un testimonio de su impotencia, para elevarse por sí misma al conocimiento de las leyes universales. Y se preguntará á la Iglesia—equivocada acerca de las cosas físicas, siempre comprobables—qué crédito se le puede acordar en lo concerniente á las doctrinas místicas, que han permanecido hasta aquí sin satisfactoria comprobación.

Todo nos demuestra que esta parte de su enseñanza no es menos defectuosa. Al multiplicarse las manifestaciones de los espíritus de los muertos, nos proporcionan medios de aclaración acerca de la vida de ultratumba, nuevas percepciones respecto al modo de ser de esta vida, y que vienen á arruinar las afirmaciones del dogma.

No podemos creer en un mundo, en el universo creado de la nada, que Dios gobierna por el milagro y por la gracia. Tampoco podemos creer que la vida sea un factor para el solo bien personal, el trabajo un estigma, un castigo, con el infierno inacabable por perspectiva; ó un purgatorio, en donde no se puede salir sino por oraciones pagadas; ó un paraíso triste y monótono en donde estemos quizá condenados á vivir sin actividad, sin objeto, separados para siempre de aquellos á quienes hemos amado. No podemos creer ya en el pecado de Adam, cayendo sobre la humanidad entera, ni en el rescate por la inmolación de un Dios en la cruz. La idea moderna se aparta más y más de tales mitos, de esos espantajos pueriles; rompe esas telarañas que se han querido extender entre ella y la verdad; se eleva cada día, y, en el espectáculo de los mundos, en

el gran libro de la naturaleza cuyas páginas se despliegan á su derredor; en el maravilloso cuadro de la vida y sus perpetuas evoluciones; en esa ley del progreso inscrita en el cielo y en la tierra, en esa ley de libertad y de amor, grabada en el corazón del hombre, ve la obra de un Sér que no es el Dios fantástico de la Biblia, sino la Majestad soberana, principio eterno de justicia, ley viva del bien, de lo verdadero y de lo bello, que llena lo infinito y se cierne por encima de los tiempos.

Se pregunta uno cómo el alimento dogmático de la Iglesia ha podido ser ministrado durante siglos á las inteligencias populares, cuando el menor estudio del universo, la simple mirada dirigida al espacio pueden darnos, acerca de la vida, siempre renaciente de la causa suprema y de sus leyes, una idea tan importante, tan fecunda en grandes enseñanzas, en inspiraciones poderosas.

A esta idea viene á agregarse la noción clara y precisa del objeto de la existencia, del fin que todos los séres persiguen en su marcha, despojándose por sí mismos de ese fondo de egoísmo y de barbarie, que es el solo pecado original, conquistando paso á paso, de existencia en existencia, esa perfección cuyo germen ha colocado Dios en ellos, y que deben desarrollar por la reencarnación y las sucesivas existencias que han recorrido.

De este modo se revela el pensamiento de Dios. Porque Dios, que es la justicia absoluta, no ha querido la condenación, ni aun la redención por la gracia, ó por los méritos de un salvador, sino la salvación del hombre por sus propias obras y la satisfacción nuestra de realizar por nosotros mismos, con su auxilio, nuestra elevación y nuestra felicidad.

Desgraciadamente esta concepción del mundo y de la vida, indispensable para el desarrollo y la elevación de las sociedades humanas, está sólo en la conciencia de un pequeño número. Las masas vagan en los senderos de la existencia, ignorando las leyes de la naturaleza, no teniendo por alimento moral más que ese catecismo enseñado á los niños en todos los países

cristianos, oscuro é ininteligible para la mayor parte y que no deja en el alma más que impresiones pasajeras.

Es, sin embargo, una imperiosa necesidad que todos los hombres posean una noción precisa del objeto de la vida, que sepan lo que son, de dónde vienen, á dónde van, cómo y por qué deben obrar.

Esta noción, este conocimiento, cuando es seguro y elevado, puede guiarlos, sostenerlos en los momentos difíciles, preparándolos para las inevitables luchas. Sin el conocimiento del objeto de la existencia, no hay fuerza de alma ni solidaridad durable entre los miembros de una sociedad. La idea es la que liga á los hombres; el fundamento común de los principios y de las creencias es el que realiza la unidad moral en la agrupación social, en la nación, en la humanidad.

La Iglesia ha tenido el monopolio de esta concepción del mundo, de la vida, de su fin. La enseña á todos por medio del catecismo. Por más que sean insuficientes, oscuros y absurdos los principios que forman esta enseñanza popular, en que la moral cristiana se mezcla á los dogmas de antaño, ellos constituyen hasta hoy la fuerza de la Iglesia y su superioridad sobre la sociedad laica, porque ésta no ha sabido aún sustituir el catecismo, y, en su vacilación ó en su impotencia para dar al niño y al hombre una síntesis, una idea exacta de sus relaciones con el universo, consigo mismo, con sus semejantes, con Dios, abandona la dirección moral del pueblo á una institución que no representa más que un ideal agonizante, incapaz de regenerar á las naciones. Ciertamente es que en los nuevos manuales de enseñanza laica se encuentran algunas páginas consagradas á las cuestiones morales, á Dios, al alma inmortal, pero tales nociones son muy olvidadas en la práctica. El institutor, casi siempre en la imposibilidad de satisfacer las exigencias de un programa complicado, careciendo él mismo de convicción en la mayor parte de los casos, olvida ó desprecia esta rama esencial de la enseñanza.

Resulta de esto, como decimos, que el catecismo queda como solo medio de educación moral puesto al alcance de todos. Por él, y por sus preceptos de conjunto se ha formado y sostenido la sociedad cristiana; por él se perpetúa el poder de la Iglesia. Mas esta enseñanza es superficial, de mera memoria: las incompletas nociones que inculca al niño son aprendidas, mas no sentidas por el corazón, no penetran en el alma, en la conciencia del sér. Casi no resisten á las influencias exteriores que el niño experimenta ni al desenvolvimiento de su propia razón. Cuando el hijo del pobre, obligado á entregarse al trabajo, y no teniendo para dirigirse más que las enseñanzas del catecismo, llega á no creer ya en ellas, el trastorno y el vacío reinan en su pensamiento y en su conciencia. Incapaz de elevarse por sí mismo á una concepción más alta de la vida, de sus derechos y de sus deberes; habiendo perdido, con la creencia de los dogmas, todo lo que poseía de nociones morales, queda entregado á todos los embates del materialismo y de la negación, sin preservativo contra los apetitos groseros, sin defensa, en los días de miseria, contra las sugerencias del suicidio y de la depravación.

* * *

Desde las edades de fe ciega, la sociedad cristiana ha estado reducida á vivir de un ideal atrasado, de una concepción del universo y de la vida, inconciliable en muchos puntos con los descubrimientos de la ciencia y las aspiraciones de la humanidad. De ahí una turbación profunda en las inteligencias y en las conciencias; de ahí una alteración de todas las condiciones necesarias para la armonía social.

Desde hace cien años, el aliento de la libertad pasa sobre el mundo; el pensamiento se ha emancipado de las trabas que lo constreñían; la fe ha disminuído. Mas los pueblos latinos con-

servan el fuerte sello de la enseñanza católica que, durante doce siglos, les ha modelado á su manera, ha mantenido en ellos las cualidades y los defectos— los defectos sobre todo— que los caracterizan y precipitan su decadencia.

La doctrina católica, al dar al hombre una idea errónea de su papel, ha contribuído á oscurecer su razón, á falsear el juicio de las generaciones. No ha podido sostenerse sino con argumentos sutiles y capciosos, cuyo repetido uso hace perder el hábito de razonar y de juzgar sanamente las cosas. Se ha llegado poco á poco á aceptar, á considerar como infalibles sistemas falsos, en oposición con las leyes naturales y las altas facultades del alma.

Tal manera de ver y de juzgar debía forzosamente influir en los actos de la vida social y en las obras de la civilización. Así, se ha visto á menudo á los pueblos católicos, por la demasiada confianza en sí mismos, perder el sentido práctico y apasionarse de empresas sin provecho y sin porvenir.

Esto es lo que aparece en todas las obras políticas, financieras ó de colonización, en las cuales los pueblos católicos se muestran sensiblemente inferiores á las naciones protestantes, mejor preparadas, por su educación religiosa y su espíritu de libre examen, á todo lo que exigen el orden, la previsión, el juicio y la perseverancia en el trabajo. En cambio, los católicos preponderan en las artes y las letras, pero esto es una compensación insuficiente.

Los pueblos latinos, en los que la educación católica ha desarrollado el sentimiento y la imaginación con detrimento de la razón, se entusiasman fácilmente, adoptan ciertas ideas sin madurarlas, prosiguiendo la ejecución con un ardor y una exageración que con frecuencia conducen al fracaso y á la ruina. Las pasiones, siempre más vivas cuando la razón no viene á refrenarlas, hacen que esos pueblos propendan al cambio; las modas, las ideas, los gustos varían muy á menudo en ellos, á costa de obras fuertes y durables. Así es como se ve á

las naciones anglo-sajonas y de religión protestante conseguir grandes resultados allí donde los pueblos latinos fracasan. La iniciativa en las obras de progreso, la conquista y la colonización del globo, quedan en las manos de los pueblos del Norte, que se engrandecen y fortifican sin cesar, con perjuicio de las naciones latinas y católicas.

La influencia en las costumbres no es menos entristecedora. El carácter latino, el espíritu francés en particular, formado durante siglos por el catolicismo, se ha vuelto poco á propósito para las cosas serias y profundas. En Francia, las conversaciones son á menudo frívolas: se habla allí, de preferencia, de placeres, de cosas fútiles; la murmuración, la crítica maligna, el hábito de denigrar, forman el principal asunto en las conversaciones. Destruyen poco á poco el espíritu de benevolencia y de tolerancia que liga los miembros de una sociedad, y fomentan entre los hombres el espíritu de malicia, la envidia y el rencor.

Tales defectos no se hallan en el mismo grado en las sociedades protestantes. La instrucción se ha desarrollado más; las conversaciones son allí generalmente más serias y la maledicencia más atenuada. Hay allí más adhesión á la religión y se practica con más escrúpulo. Al contrario, en la mayor parte de los católicos la religión se ha convertido en una cuestión de forma, en partido político más bien que en convicción; la moral evangélica es cada vez menos observada. Los gustos serios se hacen raros; cada uno quiere satisfacer sus inclinaciones, brillar y divertirse.

Parece que la Iglesia romana, en sus enseñanzas, se dedica á ocupar el espíritu, á extraviarlo en las vías del sentimiento, para hacerle olvidar el objeto real del estudio, que es la conquista de la verdad. Sólo ofrece á las inteligencias un alimento insuficiente, una doctrina ilusoria, pero perfectamente adaptada á sus intereses materiales.

Las pompas del culto, las fiestas numerosas, las prolongadas

ceremonias, distraen á los fieles de investigaciones arduas, del trabajo fructuoso, y los conducen á la ociosidad. Todo trabajo es para ellos una necesidad, más bien que una ocupación agradable. Sufren el trabajo sin amarlo. Por esto es que se ve más ignorancia y miseria en los pueblos latinos que en los pueblos del Norte.

Sería injusto, sin duda, imputar á la Iglesia todos los defectos de nuestra raza; el carácter francés es, por sí mismo, ligero, impresionable, poco reflexivo; pero tales defectos los ha agravado el catolicismo aniquilando, por su doctrina, el uso de la razón y el espíritu de observación, al exigir de sus fieles una credulidad ciega respecto de afirmaciones destituidas de pruebas.

No impunemente se ha oprimido á la razón, durante siglos, esa facultad soberana concedida por Dios al hombre para guiarle por las vías del destino. Debido á esto, se prepara fácilmente el abatimiento de las naciones.

En muchos casos, el catolicismo no se presenta solamente á nosotros como doctrina religiosa, sino también como poder temporal mezclado en todas las querellas de este mundo, inspirado del deseo de adquirir una autoridad absoluta y de pretendido derecho divino. Este doble aspecto ha contribuido en gran manera á quitar al catolicismo esa dignidad serena, ese desapego de las cosas materiales, que deberían constituir el prestigio de las religiones. No parece que sea por él que Jesús haya dicho: "Mi reino no es de este mundo."

En todos tiempos el catolicismo se ha aliado con un partido político, presto á sostener los esfuerzos de la reacción contra la corriente de las ideas modernas. En este punto de vista, decirse puede que la educación católica desarrolla el espíritu de intolerancia é impone la resistencia al progreso; fomenta en la nación el instinto de lucha, un estado de antagonismo y de discordia, por el cual se gastan y se anulan las aptitudes intelectuales y morales.

Por esto se encuentra dividida la sociedad en dos campos enemigos: la oposición se perpetúa entre las dos mitades de la nación, la una queriendo marchar hacia adelante, la otra tendiendo á retroceder hacia el pasado, mermando en esa lucha la vitalidad de sus fuerzas, con gran detrimento de la prosperidad y de la paz generales.

La Iglesia romana, que durante quince siglos ha ofuscado el pensamiento, oprimido la conciencia en nombre de la unidad de la fe; que se ha asociado á todos los despotismos cuando tenía interés en hacerlo, proclama hoy el principio de libertad. Esto sería una reivindicación muy legítima, si por libertad no entendiésemos el privilegio; pero es necesario notar que el catolicismo no ha podido conciliarse con el espíritu de libertad. Este ha comenzado á manifestarse en el mundo cuando el poder de la Iglesia ha disminuido. Los progresos del uno han estado siempre en proporción exacta con el aminoramiento del otro; mientras que los protestantes modernos, acostumbrados por su religión al uso de la libertad, han sabido aplicarlo á la vida política y civil.

Todavía más: ¿no condena la Iglesia el libre pensamiento, como condenaba en otro tiempo el libre examen, aplicado á la interpretación de las Escrituras? ¿No prohíbe á todos los suyos razonar y discutir en cuestiones de religión? Todo esto nos demuestra cuánto se han separado las miras de la Iglesia romana de los principios del verdadero cristianismo.

Hé aquí lo que decía San Pablo:

"Probad todas las cosas, y retened lo que es bueno." (1 *Tesalonic.*, V, 21.)

"En donde está el espíritu del Señor, allí esta la libertad." (1 *Epist. á los Corint.*, III, 17.)

La doctrina de Jesús, tal como está expresa en los Evangelios y en las Epístolas, es una doctrina de libertad. La afirmación de esta libertad moral y de la soberanía de la conciencia se repite casi en todas las páginas del Nuevo Testamento.